

EN LA ARDIENTE OSCURIDAD

ANTONIO BUERO VALLEJO

EN LA
ARDIENTE
OSCURIDAD

con prólogo de
CARLOS GOROSTIZA

© - STOCKCERO - ©

ANTONIO BUERO VALLEJO

Buero Vallejo, Antonio

En la ardiente oscuridad. – 1ª.ed. – Buenos Aires : Stock Cero, 2004.

108 p. ; 23x15 cm.

ISBN 987-1136-16-1

1. Teatro Español. I. Título

CDD E862

Copyright ©Herederos de Antonio Buero Vallejo 2004

Copyright © De esta edición, Stockcero 2004

1º edición: 2004

Stockcero

ISBN Nº 987-1136-16-1

Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los derechohabientes.

stockcero.com

Viamonte 1592 C1055ABD

Buenos Aires Argentina

54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

EN LA ARDIENTE OSCURIDAD

ANTONIO BUERO VALLEJO

EN LA
ARDIENTE
OSCURIDAD

con prólogo de
CARLOS GOROSTIZA

ANTONIO BUERO VALLEJO

ÍNDICE

<i>A PROPÓSITO DE LA LUZ</i>	7
<i>EN LA ARDIENTE OSCURIDAD</i>	11
<i>REPARTO</i>	12
<i>ACTO PRIMERO</i>	13
<i>ACTO SEGUNDO</i>	45
<i>ACTO TERCERO</i>	75

ANTONIO BUERO VALLEJO

A PROPÓSITO DE LA LUZ

Tengo frente a mí un ejemplar de la obra “En la Ardiente Oscuridad” de Antonio Buero Vallejo publicada en 1951, integrando la Colección Teatro de la Editorial Alfil. Doy vuelta la tapa de color rojo y en la primera página, escritas en tinta con letra menuda y ordenada, leo las siguientes palabras:

“Para Carlos Gorostiza, con mis deseos de felicidad para la Navidad y el Año Nuevo, un abrazo de su amigo y compañero”

Antonio Buero Vallejo
Madrid, 19 - XII - 51

Ha transcurrido más de medio siglo. El pequeño libro fue guardado en mi biblioteca de Buenos Aires con el mismo aprecio con que guardé dentro mí la amistad particu-

lar –casi podría decir curiosa– que mantuve con su autor hasta hace pocos años. Una amistad mantenida sólo a través de nuestras cartas, nuestros libros y nuestras dedicatorias. Se inició en 1950 cuando Buero, burlándose de la distancia y de los mares se revelaba ante mí como el autor de “Historia de una Escalera” y ante él aparecía otro joven dramaturgo que había estrenado en Buenos Aires una obra titulada “El Puente”. Fue entonces cuando Buero se interesó por ella y me escribió sugiriéndome la posibilidad de una adaptación al lenguaje popular español. Así se inició nuestra amistad. Una amistad que perduró a pesar de que el estreno de mi obra en Madrid no pudo concretarse debido a la doble, triple, cuádruple o quíntuple censura de aquellos años. También guardo en mi biblioteca, todavía, los dos queridos cuadernillos que contienen la exquisita adaptación que Buero había realizado de mi obra.

Dije que nuestra amistad podría calificarse de curiosa. En todos estos años fue sólo en dos oportunidades que yo visité Madrid; en una de ellas Buero estaba en el campo y en la otra yo integraba como Secretario de Cultura la comitiva que acompañaba al Presidente de la Argentina, Dr. Raúl Alfonsín. No tenía posibilidades de liberación. No obstante, en una última carta Buero argumentaba que el tiempo, que nunca es tan inflexible, habría cedido una pequeña parte suya para que dos amigos pudieran mirarse a los ojos. Buero tenía razón. Y yo quise compensar su justo reproche con mi deseo entusiasta de vernos aquí hace pocos años en ocasión del estreno en el Teatro Nacional Cervantes de su obra “La Fundación”. Pero él ya no podía viajar. Yo no lo sabía. De modo que nunca –ya nunca más– podríamos vernos.

Cuando volví a internarme hace unos días en la profunda trama de “En la Ardiente Oscuridad” no pude dejar de vincular la ceguera de sus personajes con la nuestra. A mí también, como diría su personaje Ignacio, me habría gustado mucho mirar a Buero a los ojos. Y seguramente fue esta sensación la que influyó en mí en esta nueva lectura para hacerme sentir con más intensidad el drama - la tragedia - que envuelve a estos personajes.

A Buero le gustaba extenderse en sus cartas manifestándome su opinión sobre la tragedia definiéndola como el mejor vehículo de transmisión para acercarse al conocimiento de la condición humana. Creo que “En la ardiente oscuridad” logra alcanzar sus propósitos. El pequeño tomo que guardo en mi biblioteca contiene, además de la obra en sí y bajo el modesto título de “Comentario”, un agudo texto escrito por el mismo Buero sobre la tragedia - así la considera - que se desarrolla entre los personajes que carecen de visión física. Está de más, tal vez, manifestar que en esta segunda lectura vuelvo a coincidir con él acerca de su personal interpretación de la obra. Los enfrentamientos pasionales y metafísicos que surgen entre los personajes y que son comentados por Buero con precisión y amplitud no caben ser repetidos en este humilde texto que posiblemente no alcance la condición de prólogo.

Pero existe, tal vez, un espacio dejado voluntariamente por el autor para que yo, cincuenta años después y tan lejos, pueda ocuparlo. Y es el significado especial que la luz - protagonista indiscutible de la pieza - asume a lo largo de todas las escenas donde reina sólo la oscuridad. Mi modesta interpretación es que aquella oscuridad, la que durante tan-

tos años tuvo que vivir España - y también Buero - fue quizás la inspiradora inconsciente de esta tragedia. Fueron demasiado los años sin luz para no haber sentido su ausencia con la intensidad con que supongo la sintió Buero. Seguramente fue ese sentimiento el que lo impulsó a escribir “En la Ardiente Oscuridad”, un teatro que tiene mucho de clásico y mucho de trágico. Como Buero lo quería.

Dije más arriba que no sabía si estas líneas podrían ser consideradas un prólogo. Sería suficiente y honroso para mí que fueran consideradas un humilde homenaje para uno de los dramaturgos más importantes de la lengua castellana.

Carlos Gorostiza
Buenos Aires - 2004

EN LA ARDIENTE OSCURIDAD

*Y la luz en las tinieblas resplandece; mas las tinieblas
no la comprendieron.
(JUAN, 1, 5.)*

*La sombra es el nidal íntimo; incandescente,
la visible ceguera puesta sobre quien ama.
Provoca los abrazos íntima, ciegamente,
y recoge en sus cuevas cuanto la luz derrama.
(MIGUEL HERNÁNDEZ: Hijo de la sombra.)*

ANTONIO BUERO VALLEJO

Esta obra se estrenó en Madrid, la noche del 1 de Diciembre de 1950, en el Teatro Nacional María Guerrero, con el siguiente

REPARTO

(por orden de intervención)

PERSONAJES ACTORES

ELISA	<i>Amparo Gómez Ramos.</i>
ANDRÉS	<i>Miguel Angel.</i>
PEDRO	<i>F. Pérez Angel.</i>
LOLITA	<i>Berta Riaza.</i>
ALBERTO	<i>Manuel Márquez.</i>
CARLOS	<i>Adolfo Marsillach.</i>
JUANA	<i>Mari Carmen Díaz de Mendoza.</i>
MIGUELÍN	<i>Ricardo Lucía.</i>
ESPERANZA	<i>Mayra O'Wissiedo.</i>
IGNACIO	<i>José María Roderó.</i>
DON PABLO	<i>Rafael Alonso.</i>
EL PADRE	<i>Gabriel Miranda.</i>
DOÑA PEPITA	<i>Pilar Muñoz.</i>

Dirección: LUIS ESCOBAR Y HUBERTO PÉREZ DE LA OSSA
Decorados de FERNANDO RIVERO, y luminotecnia de M.

ROMARATE

Derecha e izquierda, las del espectador.

ACTO PRIMERO

Fumadero en un moderno Centro de enseñanza: lugar semiabierto de tertulia para el buen tiempo. A la izquierda del foro, portalada ¹ que da a la terraza. Al fondo se divisa la barandilla de ésta, bajo la cual se supone el campo de deportes. Las ramas de los copudos árboles que en él hay se abren tras la barandilla, cuajadas de frondoso follaje, que da al ambiente una gozosa claridad submarina. Sobre una liviana construcción de cemento, enormes cristalerías ², tras las que se divisa la terraza, separan a ésta de la escena, dejando el hueco de la portalada. En el primer término izquierdo hay un veladorcito ³ y varios sillones y sillas. En el centro, cerca del foro, un sofá y dos sillones alrededor de otro veladorcito. Junto al lateral derecho, otro vela-

1 *Portalada*: portada de uno o más huecos, comúnmente monumental, situada en el muro de cerramiento, y que da acceso al patio en que tienen su portal las casas señoriales

2 *Cristalera*: cerramiento o puerta de cristales

3 *Velador*: mesita de un solo pie, redonda por lo común

dor aislado con un sillón. Ceniceros en los tres veladores. Las cristaleras doblan y continúan fuera de escena a la mitad del lateral izquierdo, formando la entrada de una galería. En el lateral derecho, una puerta.

(CÓMODA y plácidamente sentados, fumando algunos de ellos, vemos allí a ocho jóvenes ESTUDIANTES pulcramente vestidos. No obstante su aire risueño y atento, hay algo en su aspecto que nos extraña, y una observación más detenida nos permite comprender que todos son ciegos. Algunos llevan gafas negras, para velar, sin duda, un espectáculo demasiado desagradable a los demás; o tal vez por simple coquetería. Son ciegos jóvenes y felices, al parecer; tan seguros de sí mismos, que, cuando se levantan, caminan con facilidad y se localizan admirablemente, apenas sin vacilaciones o tanteos. La ilusión de normalidad es, con frecuencia, completa; y el espectador acabaría por olvidar la desgracia física que los aqueja si no fuese por un detalle irreductible que a veces se la hace recordar: estas gentes nunca se enfrentan con la cara de su interlocutor.

CARLOS y JUANA ocupan los sillones de la izquierda. Él es un muchacho fuerte y sanguíneo, de agradable y enérgica expresión. Atildado indumento⁴ en color claro; cuello duro. Ella es linda y dulce. ELISA ocupa el sillón de la derecha. Es una muchacha de físico vulgar y de espíritu abierto, simple y claro. En el sofá están los estudiantes ANDRÉS, PEDRO y ALBERTO, y en los sillones contiguos, las estudiantes LOLITA y ESPERANZA.)

4 *Indumento: vestimenta*

ELISA.—(*Impaciente.*) ¿Qué hora es, muchachos? (*Casi todos ríen, expansivos, como si hubiesen estado esperando la pregunta.*) No sé por qué os reís. ¿Es que no se puede preguntar la hora? (*Las risas arrecian.*) Está bien. Me callo.

ANDRÉS.—Hace un rato que dieron las diez y media.

PEDRO.—Y la apertura del curso es a las once.

ELISA.—Yo os preguntaba si habían dado ya los tres cuartos.

LOLITA.—Hace un rato que nos lo has preguntado por tercera vez.

ELISA.—(*Furiosa.*) Pero, ¿han dado o no?

ALBERTO.—(*Humorístico.*) ¡Ah! No sabemos...

ELISA.—¡Sois odiosos!

CARLOS.—(*Con ironía.*) Ya está bien. No os metáis con ella. Pobrecilla.

ELISA.—¡Yo no soy pobrecilla!

JUANA.—(*Dulce.*) Todavía no dieron los tres cuartos, Elisa.

(MIGUELÍN, *un estudiante jovencito y vivaz que lleva gafas oscuras, porque sabe por experiencia que su vivacidad es penosa cuando las personas que ven la contrastan con sus ojos muertos, aparece por la portalada.*)

ANDRÉS.—Tranquilízate. Ya sabes que Miguelín llega siempre a todo con los minutos contados.

ELISA.—¿Y quién pregunta por Miguelín?

MIGUEL.—(*Cómicamente compungido.*) Si nadie pregunta por Miguelín, lloraré.

ELISA.—(*Levantándose de golpe.*) ¡Miguelín!

(Corre a echarse en sus brazos, mientras los demás acogen al recién llegado con cariñosos saludos. Todos, menos CARLOS Y JUANA, se levantan y se acercan para estrechar su mano.)

ANDRÉS. — ¡Caramba, Miguelín!

PEDRO. — ¡Ya era hora!

LOLITA. — ¡La tenías en un puño! ⁵

ESPERANZA. — ¿Qué tal te ha ido?

ALBERTO. — ¿Cómo estás?

(Sin soltar a ELISA, MIGUELÍN avanza decidido hacia el sofá.)

CARLOS. — ¿Ya no te acuerdas de los amigos?

MIGUEL. — ¡Carlos! *(Se acerca a darle la mano.)* Y Juana al lado, seguro.

JUANA. — Lo has acertado.

(Le da la mano.)

MIGUEL. — *(Volviendo a coger a ELISA.)* ¡Uf! Creí que no llegaba a la apertura. Lo he pasado formidable, chicos; formidable. *(Se sienta en el sofá con ELISA a su lado. ANDRÉS se sienta con ellos. Los demás se sientan también.)* ¡Pero tenía unas ganas de estar con vosotros! Es mucha calle la calle, amigos. Aquí se respira. En cuanto he llegado, ¡zas!, el bastón al conserje. “¿Llego, tarde?” “Aún faltan veinte minutos.” “Bien.” Saludos aquí y allá... “¡Miguelín!” “¡Ya está aquí Miguelín!” Y es que soy muy importante, no cabe duda.

5 *Tener en un puño*: tener confundido o amedrentado

(Risas generales.)

ELISA. — *(Convencida de ello.)* ¡Presumido!

MIGUEL. — Silencio. Se prohíbe interrumpir. Continúo. “Miguelín, ¿adónde vas?” “Miguelín, en la terraza está Elisa...”

ELISA. — *(Avergonzada, le propina un pellizco.)* ¡Idiota!

MIGUEL. — *(Gritando.)* ¡Ay!... *(Risas.)* Continúo. “¿Que adónde voy? Con mi peña⁶ y a nuestro rincón.” Y aquí me tenéis. *(Suspira.)* Bueno, ¿qué hacemos que no nos vamos al paraninfo⁷?

(Intenta levantarse.)

LOLITA. — No empieces tú ahora. Sobra tiempo.

ANDRÉS. — *(Reteniéndole.)* Cuenta, cuéntanos de tus vacaciones.

ESPERANZA. — *(Batiendo palmas.)* Sí, sí. Cuenta.

ELISA. — *(Muy amoscada⁸, batiendo palmas también.)* Sí, sí. Cuéntaselo a la niña.

ESPERANZA. — *(Desconcertada.)* Eso, ¿qué quiere decir?

ELISA. — *(Seca.)* Nada. Que también yo sé batir palmas.

(Los ESTUDIANTES ríen.)

ESPERANZA. — *(Molesta.)* ¡Bah!

MIGUEL. — Modérate, Elisa. Los señores quieren que les cuente de mis vacaciones. Pues atended.

6 *Peña*: Corro o grupo de amigos

7 *Paraninfo*: salón de actos académicos

8 *Amoscada*: irritada

(Los chicos se arrellanan, complacidos y dispuestos a oír algo divertido. MIGUELÍN empieza a reírse con zumba.)

PEDRO. — ¡Empieza de una vez!

MIGUEL. — Atended. *(Riendo.)* Un día cojo mi bastón para salir a la calle, y... *(Se interrumpe. Con tono de sorpresa.)* ¿No oís algo?

ANDRÉS. — ¡Sigue y no bromees!

MIGUEL. — ¡Si no bromeo! Os digo que oigo algo raro. Oigo un bastón...

LOLITA. — *(Riendo.)* El tuyo; que lo tienes en los oídos todavía.

ELISA. — Continúa, tonto...

ALBERTO. — No bromea, no. Se oye un bastón.

JUANA. — También yo lo oigo.

(Todos atienden. Pausa. Por la derecha, tanteando el suelo con su bastón y con una expresión de vago susto, aparece IGNACIO. Es un muchacho delgado, serio y reconcentrado, con cierto desaliño en su persona: el cuello de la camisa desabrochado, la corbata floja, el cabello peinado con ligereza. Viste de negro, intemporalmente, durante toda la obra. Avanza unos pasos, indeciso, y se detiene.)

LOLITA. — ¡Qué raro!

(IGNACIO se estremece y retrocede un paso.)

MIGUEL. — ¿Quién eres?

(Temeroso, IGNACIO se vuelve para salir por donde entró. Después, cambia de idea, y sigue hacia la izquierda, rápido.)

ANDRÉS. — ¿No contestas?

(IGNACIO tropieza con el sillón de JUANA. Tiende el brazo, y ella coge su mano.)

MIGUEL. — *(Levantándose.)* ¡Espera hombre! No te marches.

(Se acerca a palparle, mientras JUANA dice, inquieta:)

JUANA. — Me ha cogido la mano... No le conozco.

(IGNACIO la suelta, y MIGUELÍN le sujeta por un brazo.)

MIGUEL. — Ni yo.

(ANDRÉS se levanta y se acerca también para cogerle por el otro brazo.)

IGNACIO. — *(Con temor.)* Dejadme.

ANDRÉS. — ¿Qué buscas aquí?

IGNACIO. — Nada. Dejadme. Yo... soy un pobre ciego.

LOLITA. — *(Riendo.)* Te ha salido un competidor, Miguelín.

ESPERANZA. — ¿Un competidor? ¡Un maestro!

ALBERTO. — Debe de ser algún gracioso del primer curso.